



JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ:
LOS CAMINOS DE LAS BUENAS ACCIONES

Dra. Ana Linares de Méndez
Socióloga egresada de la Universidad del Zulia (LUZ)
Especialista en Gerencia Pública.
Universidad Valle del Momboy (UVM)
Magister Scientiarum en Gerencia Pública.
Universidad Valle del Momboy (UVM)
Doctora en Educación.
Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL)
Vicerrectora de la Universidad Valle del Momboy (Valera - Venezuela)
linaresa@uvm.edu.ve

José Gregorio Hernández: Los caminos de las buenas acciones

La científica polaca francesa Marie Curie, reconocida premio Nobel en las áreas de Física y Química, expresó una significativa frase que evocaré para dar inicio a este artículo sobre el Doctor, Científico y recientemente Beato José Gregorio Hernández Cisneros; Curie expresó: “La mejor vida no es la más larga, sino la más rica en buenas acciones”. Si algo caracterizó la vida de José Gregorio Hernández, fueron sus grandes acciones, las cuales nos revela la persona extraordinaria que con sus manos llenas de amor, sabiduría y generosidad, ayudó de manera incondicional a su familia, amigos, estudiantes, pacientes y todas aquellas personas que en algún momento recibieron la buena fe de sus obras.

José Gregorio Hernández, fue un hombre de ciencia, investigación y academia, además filósofo, psicólogo, poliglota, virtuoso del piano, pintor y sastre. En su quehacer de vida utilizó la razón científica y la creatividad innovadora, en el ejercicio noble de la medicina y de la investigación en búsqueda de respuestas a los graves problemas de salud que enfrentaba la población venezolana de esa época. Mediante sus consultas médicas a domicilio, se dedicó a atender a los enfermos carentes de salud y de recursos económicos, esta vulnerable población fue asistida por el Dr. José Gregorio Hernández, con dedicación, humildad y con profunda convicción de hacer el bien en el nombre de Dios, estas acciones

médicas lo convirtieron en el imaginario y sentimiento popular como el médico de los pobres.

El noble pueblo de Isnotú, fue el espacio geográfico designado por la Providencia para que José Gregorio naciera un 26 de octubre de 1864, fecha de convulsiones sociales y políticas en la Venezuela rural, pobre y devastada por una guerra civil, la llamada Guerra Federal (1859-1863) que durante 5 años arrebató vidas, bienes y oportunidades a los venezolanos de esa época.

José Gregorio, nació y creció en el seno de una familia unida, trabajadora, cargada de fe, bondad y servicio, donde se procrearon siete hijos y sobrevivieron seis, pasando cuando falleció su hermana mayor María Isolina del Carmen, a ser el primogénito de la familia Hernández Cisneros, dos años después nació una niña a la cual bautizaron con el nombre de María Isolina en honor de su hermana fallecida y posteriormente sus otros hermanos. José Gregorio, desde que tuvo conciencia asumió su rol de hermano mayor, el cual ejerció durante toda su vida como protector de sus hermanos menores.

Desde pequeño, demostró su gran inteligencia, talento y disciplina, de la mano de su madre Josefa Antonia y de su tía paterna María Luisa se inició en las primeras letras, juegos y curiosidades propias de la infancia. En las tardes de rezos y rosarios, ellas le sembraron en el alma su fe inmensurable en Dios y en la Santísima Virgen María, creencias que direccionaron su vida en función de hacer

el bien a los demás, como lo habían enseñado con su acciones esas dos grandes mujeres que dejaron huellas imborrables de amor, bondad y generosidad en su personalidad y comportamiento.

Su vida de niño se vio fuertemente afectada por la prematura desaparición física de su madre, que lo dejó huérfano a la edad de 7 años, quedando junto con sus pequeños hermanos al cuidado amoroso de su tía María Luisa, bajo la protección y tutela de su padre Benigno Hernández, quien siempre fue considerado por José Gregorio un hombre fraterno de grandes virtudes morales y cristianas.

Bajo la protección de su padre y con los cuidados de su tía, asistió a la única institución educativa del pueblo para cursar su educación primaria, institución dirigida por Pedro Celestino Sánchez natural de Maracaibo, quien por su cultura, conocimientos y habilidades pedagógicas se constituyó en el maestro de la escuela de Isnotú; con el maestro Pedro Celestino, José Gregorio obtuvo los conocimientos y aprendizajes requeridos para culminar su educación primaria, fue un estudiante que se distinguió por su talento, inteligencia y habilidad para aprender rápidamente, en vista de estas condiciones de su discípulo, el maestro le sugirió a Benigno Hernández que enviara a su hijo a estudiar a Caracas, por cuanto este niño tenía una inteligencia privilegiada, era ordenado, disciplinado, obediente y con muchos deseos de aprender.

En febrero del año 1878, a la edad de trece años confiado a unos amigos de su padre, José Gregorio Hernández emprende su largo viaje hacia Caracas para iniciar en el acreditado “Colegio Villegas” su educación secundaria; despidiéndose de su amada familia, de su pueblo natal, entre lágrimas, recuerdos y nostalgias, marchó un adolescente lleno de sueños, expectativas y esperanzas en búsqueda de su destino en la ciudad capital.

En el “Colegio Villegas” estudió durante el periodo 1878 a 1882, bajo la orientación y dirección del ilustre Dr. Guillermo Tell Villegas, quien se convirtió no solo en su mentor, sino en un amigo para toda la vida.

En su proceso educativo en el referido colegio, recibió en varias ocasiones la medalla de honor y buena conducta, reconocimiento dado por esa institución a los alumnos más destacados por sus excelentes notas y buen comportamiento, razón por la cual, sin haber culminado todavía sus estudios secundarios, le fue asignado el cargo de profesor en aritmética en una de las secciones del colegio.

Concluidos satisfactoriamente sus estudios en el “Colegio Villegas” y para optar al título de Bachiller que acreditaba la Universidad Central de Venezuela (UCV), realizó una evaluación con cinco jurados designados por la Universidad, en esta evaluación respondió de manera extraordinaria cada una de las preguntas del jurado, siendo aprobado por unanimidad. El 25 de mayo de 1882, se le confirió el

título de Bachiller en Filosofía, ese mismo año ingresó a la UCV para estudiar Ciencias Médicas, José Gregorio era un joven de apenas 17 años de edad.

En la Universidad Central de Venezuela, José Gregorio fue un excelente estudiante, sobresaliente en todas sus materias, recibió de sus compañeros de estudio y profesores muestras de respeto y consideración dado lo estudioso, disciplinado y buena persona.

Cuando José Gregorio cursaba tercer año de Medicina, se enfermó gravemente por una fiebre tifoidea. Tres insignes médicos de la época, sus profesores universitarios se dieron a la tarea de atenderlo diariamente y hacer seguimiento a su estado de salud, varios de sus compañeros de clases se turnaban para cuidarlo de día y de noche y además recibió la unción de los enfermos de mano del Presbítero Juan Bautista Castro, quien posteriormente, sería el Arzobispo de Caracas.

Las atenciones y cuidados recibidos durante su enfermedad, fueron significativamente apreciados y valorados por José Gregorio, que a pesar de encontrarse fuera de su hogar, fue atendido y sanado por aquellas personas que sintieron por él un profundo afecto y que se convirtieron en parte importante de su vida. Después de superada su crisis de salud, se reincorporó a sus actividades académicas con mayor entusiasmo y disciplina en la prosecución de sus estudios de medicina.

En su último año de carrera y para cumplir con los requisitos exigidos por la Universidad, presentó su Tesis de Grado el 19 de junio de 1888 ante un jurado evaluador. José Gregorio en su presentación y defensa de tesis, disertó magistralmente sobre dos temas referentes de enfermedades bacterianas.

En su primera exposición, expresó estas palabras “La tesis que me ha designado la suerte para discurrir en este acto, se refiere a una de las cuestiones que desde hace menos de un siglo han sido más discutidas y han traído divisiones entre las grandes entidades científicas y entre las escuelas que estas representan”. Se refería en ese momento a la doctrina Laennec sobre la unidad del tubérculo, cabe recordar que Renato Laennec su autor, fue uno de los mejores médicos investigadores franceses de principios del siglo XVIII, inventor del estetoscopio. En su segunda exposición disertó sobre la fiebre tifoidea típica, enfermedad que padeció unos años atrás.

Culminada la presentación y defensa de su tesis de grado, el jurado evaluador la aprobó por unanimidad, considerándola una investigación excepcional en el campo universitario, se le confirió entonces, el título de Bachiller en Ciencias Médicas; inmediatamente, le solicitó al ciudadano Rector de la UCV Aníbal Dominici fijara la fecha para presentar el examen final para optar al Título de Doctor; dos días después el Rector convocó para la selección de los tres temas a evaluar y se designó el jurado evaluador conformado por cinco miembros.

El examen de grado del Br. Hernández fue memorable, se realizó el 29 de junio de 1888 y nuevamente de manera magistral expuso con brillantez los temas correspondientes. De pie y con alborozo el Jurado proclamó “aprobado y sobresaliente por unanimidad”, produciéndose una cerrada ovación en la sala, entre abrazos y elogios por parte de sus compañeros y profesores.

Durante sus seis años de estudio, José Gregorio Hernández fue considerado el mejor estudiante de la Universidad Central de Venezuela, años después se convertiría en ilustre docente de su alma mater y el investigador fundador de la Bacteriología en Venezuela.

Una vez graduado de médico, sus profesores y amigos creyeron que se quedaría definitivamente en Caracas para instalar su consultorio, pero José Gregorio Hernández decidió regresar a Isnotú por cuanto les manifestó “ahora que soy médico me doy cuenta que mi puesto está allí, entre los míos”. No obstante, trabajó brevemente en Caracas en un consultorio provisional instalado en su casa de pensión en la Pastora.

Cabe mencionar, como anecdotario sobre la personalidad de José Gregorio, lo manifestado años después por la dueña de la pensión. A ella siempre le intrigó la solicitud que le hiciera el Dr. Hernández, respecto que la cena se la llevara a su habitación y no se la sirviera en el comedor, cuando la señora

buscaba la bandeja esta siempre quedaba vacía, sin rastros de comida, luego el doctor Hernández salía hacia la calle con un bolsa en la mano.

Una noche, la señora por curiosidad, lo siguió y pudo observar que él llegó hasta un callejón, donde se reunían un numeroso grupo de mendigos a quienes José Gregorio les entregaba la bolsa que contenía su comida y además, les pedía disculpas por la tardanza en traérselas. Esas acciones de altruismo y generosidad solo podía hacerla un hombre con rasgos de divinidad como José Gregorio Hernández.

En el año 1888, a la edad de 23 años y con su título de médico, José Gregorio regresó nuevamente a su pueblo natal, a sus raíces y a su familia. Instalado en Isnotú, atendió en sus labores médicas a numerosas personas, pero tuvo que enfrentarse a tres difíciles situaciones. En primer lugar, a la presencia de enfermedades como disentería, asma, tuberculosis y reumatismo que afectaban fuertemente a sus pobladores.

En segundo lugar, a las creencias populares de algunos habitantes del pueblo sobre la curación de las enfermedades contrarias a la medicina, la cual hizo referencia en una de sus cartas dirigida a su amigo Santos Aníbal Dominici fechada el 18 de septiembre de 1888, donde le explicó sobre este asunto “mis enfermos se han puestos buenos, pero es muy difícil curar a la gente, porque hay que luchar con las preocupaciones y ridiculeces que tienen arraigadas, creen en el

daño, en las gallinas, en las vacas negras, en remedios que se hacen, acompañados de palabras misteriosas”.

La tercera situación a la que se enfrentó, fue al boticario del pueblo aficionado a la farmacia, a la medicina y al uso indiscriminado de la quinina.

Durante sus intentos por establecerse como médico en Isnotú, Betijoque, Valera y Boconó, José Gregorio recibió una carta del Dr. Calixto González, profesor de la UCV, amigo y conecedor de sus cualidades académicas, morales y humanas, en dicha carta el referido Doctor, le informó que había obtenido una beca del gobierno del entonces presidente de la República Dr. Juan Pablo Rojas Paul (1888-1890), para ir a Francia a ampliar, perfeccionar y actualizar sus conocimientos en Medicina. Al saber la noticia dio gracias infinitas a Dios por permitirle el logro de uno de sus más anhelados sueños, estudiar en Francia, considerada para ese entonces el país de la medicina moderna.

José Gregorio, aceptó con gran beneplácito esta beca; se despidió nuevamente de su familia, de su pueblo y regresó a Caracas a preparar su viaje de estudios a Francia. En este país, comenzó arduamente su tránsito por los caminos de la ciencia y la investigación, convirtiéndose en uno de los más notables científicos venezolanos en la rama de la Medicina Experimental. Sus estudios los realizó en la Universidad de París donde tuvo notables e ilustres profesores, quienes vieron en él un excelente, estudioso e insigne investigador, la

Universidad le otorgó una medalla como reconocimiento al mejor médico-alumno en su especialidad, contaba José Gregorio con 25 años de edad.

De regreso a su añorada y querida patria Venezuela, se instaló definitivamente en Caracas en 1891, comenzó a partir de ese año el desarrollo de su labor científica, fundando el Instituto de Medicina Experimental en la UCV.

El Doctor Hernández, se convirtió no solo en un reconocido científico, sino en un gran docente de la Escuela de Medicina en las cátedras de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología. Y en un apóstol al servicio de los pacientes más necesitados quienes le dieron el calificativo de Médico de los Pobres, porque no sólo acudía a atenderles en sus casas sin cobrarle dinero, sino que también les compraba los medicamentos con su propio peculio.

Durante toda su vida, José Gregorio cultivó la comunicación con sus allegados a través del género epistolar, sus familiares y amigos conservaron numerosas cartas donde les contaba sobre sus vivencias, aprendizajes y experiencias, algunas de esas significativas cartas, relatos de su vida fueron recopiladas por su sobrino Ernesto Hernández Briceño en su libro titulado “Nuestro tío José Gregorio” publicado en Caracas en 1958.

José Gregorio, fue un ser humano fuera de lo común; un hombre que dedicó gran parte de su vida a su formación intelectual, médica y científica, publicó

diversos libros de su área, pero también fue un reconocido intelectual producto de sus estudios en filosofía, psicología, letras e idiomas; amaba con pasión las ciencias, las artes y las letras.

En su vida académica, fue un excelente profesor universitario, sus clases magistrales fueron recogidas por sus estudiantes en apuntes que luego se distribuían entre ellos, años después esos apuntes fueron publicados; sus estrategias de enseñanza, mediante explicaciones fundamentadas en dibujos que coloreaba en las pizarras, fueron consideradas innovadoras para la época.

En su productiva vida académica y científica, escribió y publicó numerosos libros, entre los cuales se pueden mencionar: “Anatomía Patológica de la Fiebre Amarilla”; “Angina de Pecho de naturaleza palúdica”; “Elementos de Bacteriología”, así como otras publicaciones en el campo científico; en el año 1912 publicó su libro “Elementos de Filosofía”, el cual se agotó rápidamente debiendo publicar una segunda edición.

Le correspondió a este sabio maestro e investigador, modernizar los estudios médicos del país, fundó el laboratorio del Hospital Vargas y el laboratorio de Fisiología Experimental de la Universidad Central de Venezuela; fue el padre fundador de la Bacteriología en Venezuela y miembro de número de la Academia Nacional de Medicina.

Además, de su alto nivel intelectual y científico, entre sus muchos talentos también fue poliglota al manejar correctamente los idiomas francés, inglés, alemán, latín en forma verbal y escrita; aunado a su gran afición por las artes en especial la pintura y la música.

En el tiempo que permaneció en Isnotú, pinto dos cuadros al óleo uno del Sagrado Corazón de Jesús y otro del Sagrado Corazón de María, pinturas que reflejaron su prodigioso talento artístico, ambos cuadros se los obsequió a su cuñada Dolores Briceño de Hernández, esposa de su hermano Cesar, estos cuadros se convirtieron en parte del patrimonio familiar Hernández Briceño.

Estas habilidades pictóricas, permitieron que José Gregorio durante sus clases en la U.C.V. realizara dibujos en la pizarra sobre los temas tratados, lo cual contribuyó con el proceso de enseñanza que tan magistralmente impartía a sus estudiantes, como se refirió anteriormente.

Sus dotes artísticas lo convirtieron en un virtuoso del piano, instrumento musical que tocaba con gracia y soltura deleitando a familiares y amigos; en sus momentos de esparcimiento era invitado a las fiestas, dado que le gustaba mucho el baile y fue considerado un gran bailarín; para disfrutar de la buena música asistía los domingos a la retreta en la Plaza Bolívar de Caracas, así como a conciertos de música clásica que tuvo la oportunidad de disfrutar en diversas ocasiones en la capital y durante su estadía en Francia; aunado a sus inmensas

capacidades científicas, artísticas , académicas e intelectuales, José Gregorio, era austero, prudente, comedido y con una profunda humildad que lo caracterizaron sin pretensiones ni prepotencia, le gustaba estar siempre bien arreglado en su vestir, pero como sus ingresos los utilizaba para ayudar a su familia, a sus enfermos y a los más necesitados, aprendió a diseñar, cortar y coser sus propios trajes lo que le valió también el oficio de sastre.

Para reafirmar su profunda convicción, en dos oportunidades intentó consagrar su vida a Dios como religioso, dejando de lado sus logros médicos, científicos y docentes, así como a su amada familia y amigos, para dar testimonio de su inmenso amor e inquebrantable fe, pero sus problemas de salud ocasionados por las álgidas temperaturas europeas, hicieron mella en su organismo, dejándolo afectado y frágil. Llegando a reconocer finalmente, que su camino hacia Dios no estaba en la vida monástica, sino en su servicio a los pobres y más necesitados, en la curación de sus cuerpos y espíritu, sus años siguientes hasta el último día de su vida, los dedicó con inmenso amor a la atención médica de sus pacientes.

El día que conmemoraba sus 31 años de graduado como médico, un fatídico accidente cegó la vida de este insigne venezolano, el domingo 29 de junio de 1919, tenía José Gregorio Hernández 54 años de edad.

El Dr. José Gregorio Hernández, siempre buscó el perfeccionamiento en todo lo que hizo, mientras más conocimientos adquiría y experiencia acumulaba más conciencia tenía de la inmensidad del poder de Dios y de la vulnerabilidad humana, por eso siempre en su vida, obra y acciones transitó por el camino del bien, de la generosidad y del servicio a sus semejantes, con ello estaba convencido de que se acercaba cada vez más al infinito amor de Dios.

Sumado a todas sus dotes académicas, médicas y científicas, se caracterizó por su humildad, trato amable, cordial y respetuoso que le propinó el afecto y respeto de sus alumnos y docentes de la Universidad, así como el inmenso cariño de sus familiares, amigos, sus pacientes.

Y posteriormente, el amor, la fe de todo un país y de alguna naciones del mundo que lo reconocen como un ser humano elegido por la Providencia, para demostrar a la sociedad global que mediante las buenas acciones, obras de amor, generosidad y fe son las mejores vías para llegar hacia la divinidad, como lo hizo en su vida terrenal el llamado médico de los pobres.

Como bien lo dijo Marie Curie “La mejor vida no es la más larga, sino la más rica en buenas acciones” el Dr. y Beato José Gregorio Hernández es la prueba más humana y divina de esta reflexión.

Bibliografía

1. Duplá, Francisco. Sj. (2011). Se llamaba José Gregorio Hernández. El Venerable Siervo de Dios. Editorial Distribuidora Estudios. Caracas.
2. Hernández, Ernesto. (1958). Nuestro Tío José Gregorio. Caracas.
3. Yaber, Miguel (2004). José Gregorio Hernández, Médico de los Pobres. Apóstol de la Justicia Social. Misionero de la Esperanza. Ediciones OPSU. Caracas.